

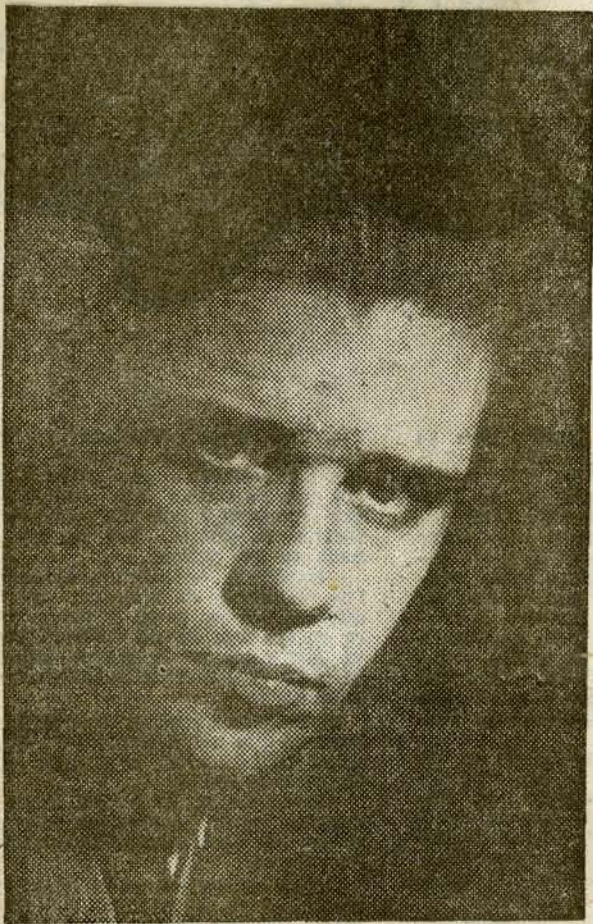
# Mi Respuesta a una Crítica

Por CLAUDIO GIACONI

(Especial para LA NACION)

**E**N SU CRÍTICA a mi libro "Un hombre en la Trampa" (Gogol) publicada en "El Siglo" el 4 de diciembre de 1960, que ha llegado a mis manos con considerable retraso, don Palemón Rojas me acusa de "idealista", de asistemático, de contradictorio, de metafísico.

No comprendo el tinte despectivo que, disparado desde cierta barricada, adquiere el término idealista. Soy idealista, porque no carezco de ideales. Pero ya sé que no es en este sentido que don Palemón emplea el vocablo. Ya se



CLAUDIO GIACONI

ha hecho una majadería el uso y abuso de los términos "idealista" y "realista", tanto que, en no lejana ocasión, el buen humorista que es Armando Cassigoli definió el simplismo de lo que se quería expresar con tales palabras diciendo que pareciera que los realistas son los que comen chunchules e idealistas los que se alimentan con ensaladas de lechugas. Yo prefiero un buen plato de chunchules...

Palemón Rojas, por obra y gracia de "su" ideología, afirma muy suelto de cuerpo que mi trabajo de cuatro años "no es serio". Lo que no es serio es la crítica de don Palemón. Acabo de leer en "L'Espresso", de Roma, una crítica de Paolo Milano sobre "La Noia", última novela de Moravia, donde se retrata de las opiniones negativas que le inspirara una primera lectura del libro. ¡Qué lección de humildad y de coraje! Se necesita valor para reconocer las equivocaciones... Merecen meditarse sus palabras: "Juzgar el presente saliendo del presente, no es ecuaníme". La crítica, según Milano, no es estática; necesariamente, por su esencia misma, es dinámica. Debe estar rectificándose, en suma, "contradiéndose". Mi libro sobre Gogol es un ensayo crítico; de ahí las aparentes contradicciones. A la crítica le está vedado, so riesgo de muerte, encerrarse en un zapato chino. Si así fuera, dejaría de ser esencialmente lo que es.

La antípoda de Paolo Milano es don Palemón Rojas, quien se retrata de cuerpo entero, en toda su indigencia especulativa, cuando dice: "Para abordar el ensayo hay que poseer un sistema filosófico coordinado..." En ese hay que ya está la escafandra que impide todo movimiento a Palemón Rojas. Porque el inicio de todo libro, sea ensayístico o no, no se emprende con un "sistema filosófico"; este sistema irá saliendo junto con escribir el libro. Al comenzar una obra, a lo más, sólo se tiene una idea aproximada de lo que se va a decir: el cómo decirlo y con qué intención decirlo se irá resolviendo a medida que la obra marche, a instancias de las necesidades internas que ella misma vaya planteando, y no en virtud de un sistema ad hoc. Pero, en fin, con esto se bordea algo bastante inefable, como es el fenómeno de la creación artística. Y existen sobrados motivos para suponer que estas cuestiones a don Palemón le son ajenas.

Volvamos a sus palabras. Dice que mi libro revela

una "sorprendente confusión ideológica". Menos mal que se sorprendió con algo. Pero como presume de crítico, con tribuna en un periódico de amplio tiraje, debo calzarle los puntos. Y lo sorprendente, en verdad, es que don Palemón no se haya detenido antes a considerar la confusión ideológica del propio Gogol, que a mí me atribuye. Es obvio que Palemón Rojas jamás tendrá "confusiones ideológicas", pero aquí ha confundido la confusión del modelo con mi propósito —nada confuso— de expresar e interpretar dicha confusión. Las pretendidas contradicciones que aduce no son otras que las mismas contradicciones que proliferan en la obra gogoliana. Y con esto pruebo de manera irrefutable que he sido un crítico honesto, de que he servido bien a Gogol, que he sido fiel a lo que él escribió y no a lo que yo hubiese deseado que él hubiese escrito. Navegué en un océano de vaguedad, y de todo ello extraje el "eje central" que Palemón Rojas dice no encontrar en el libro; eje, claro está, diverso al que muchos lectores se aprontaban o habrían deseado encontrar. Don Palemón se parece a aquellas personas que por ir mirando demasiado atentamente las baldosas de la acera dejan de ver la vista panorámica.

Pero, en fin, donde destila mala fe es cuando pone en duda las fuentes bibliográficas, a propósito de cierta opinión de Zhdanov sobre Gogol, expresada según Palemón Rojas en 1944 y no en 1934 (en el Primer Congreso de Escritores Soviéticos, como yo sostengo). El que Zhdanov haya repetido en 1944 lo que dijo en 1934, me tiene sin cuidado. Ahora, el que don Palemón haya leído tal opinión de Zhdanov en un opúsculo editado en 1948 por Ediciones Pueblos Unidos, no invalida para que yo haya leído lo mismo en una edición francesa, con prefacio de Aragón. Objeción ésta que no tendría importancia, a no ser que ella sola, así al desgaire, basta para dejar lanzada la duda. Emplazo a don Palemón, a que desmienta la escrupulosa rigurosidad bibliográfica de mi obra, siendo que el propósito substantivo de ella no era confeccionar un tratado erudito, ni mucho menos. Simplemente me propuse "develar" el espíritu de un hombre y de un artista a través de su obra. ¡Atención! He dicho de un artista, es decir, un hombre que trabaja —máxime tratándose de Gogol—, según intuiciones y no según programas ideológicos. Cuando Gogol —bien lo sabe quien haya leído el ensayo— comenzó a escribir con arreglo a una base dogmática (recuérdese al Padre Mateo) no salió nada valioso de su pluma. Aquí estriba el punto. Y ésta es la principal dificultad para interpretar a un artista, quienquiera que sea: no se va hacia él armado de regla de cálculo ni compás, sino con la sensibilidad atenta. He dicho ya que se trata de un ensayo crítico —e interpretativo— y es crítico por vertiente doble: Gogol visto en su momento y Gogol visto desde el presente. De más está decir que este último aspecto era el que más interesaba al autor: servir bien a Gogol desde la hora actual. No escribí el libro que gustara a Palemón Rojas. Me propuse escribir el libro que hubiese gustado al propio Gogol, el libro que le hubiese hecho exclamar: "Me siento interpretado y comprendido", un libro, en fin, sin los lugares comunes de siempre y sin el acartonamiento propio del manual o de la monografía. El libro es —ya lo he dicho— una aventura, pero una aventura que valía la pena. Y prefiero la aventura que no ir con el vademécum en el bolsillo, midiendo mis pasos y vigilando cuántos centímetros me desvío de la "línea". Esta es la peor esclavitud. Y el que piensa de otra manera, como Palemón Rojas, forzosamente ha de quedarse en los umbrales de todo fenómeno artístico. Ahora, si no conseguí mi objetivo en el libro, ello no se debe a las peregrinas razones que ha dado el flamante crítico de "El Siglo", se debe, ni más ni menos, a la condición de imperfectibilidad inherente a toda empresa humana.

Hacia el final de su crónica, don Palemón concede que "a veces pareciera comprender a Gogol... lo trascendente y valedero de su obra", y se apresura a batir palmas a propósito de ciertas conclusiones que extraigo de "El Capote", tal vez la obra gogoliana de más clara intención social. Pero don Palemón no debe olvidar que Gogol también es el autor de "La Nariz", "El Retrato", "Diario de un Loco", y tantas otras, y debiera hacerse cargo de que yo no tengo la culpa de que Gogol careciera de una "ideología central".

En los últimos párrafos, no sé si por mala fe o por simple indigencia o miopía, Palemón Rojas sostiene que me contradigo, al afirmar en la página 149 que "el hombre no tendrá necesidad de mitos", y luego, en la página 202: "Nuevos mitos. A esto se reduce lo que el escritor de hoy debe dar...", repetición que puse deliberadamente con un fin algo traveso, pero excusable. Todo lector que se haya percatado del contexto de ambos pasajes notará el sentido harto diferente con que se usa la misma palabra. En síntesis, en el primer caso empleo el vocablo "mito" como sinónimo de niebla o lastre que impide el progreso; en el segundo, en forma metafórica, en el mismo sentido que lo emplea Gogol en su famosa alegoría de la "troika", que simboliza a Rusia entera: el mito como una fe que sea alimento de los pueblos.

Por último, si he sido "metafísico" —tampoco veo qué mal hay en ello cuando es menester serlo— lo he sido en la justa proporción en que también Gogol lo es. La crítica que yo hago a Palemón Rojas es que carece por completo de sentido estético, de sensibilidad y de movilidad conceptual. El autor de "Un Hombre en la Trampa", por esa libertad que confiere el incoercible ejercicio de pensar, eligió aquel sistema que mejor podía servir para aprehender el inaprehensible mundo gogoliano: el de la absoluta identificación con él. No veo cuál otro sistema o instrumento de conocimiento y develación podría ser más efectivo. Si existe otro, me gustaría saberlo. Y por mi sistema extraje lo sólido que Gogol dejó, su espina dorsal lanzada al devenir, lo sólido, en fin, que el propio Gogol dejaba sin saberlo. Y este sistema, ajeno a las recetas, si que es más difícil y "real".

Y a propósito de contradicciones, en la crónica de don Palemón sí que hay una que hace bulto. Después de afirmar que mi ensayo "no es serio", termina elogiando su "laboriosidad"... Y hasta reconoce —en un raptó generoso— que el libro está escrito en una "cuidada prosa". Lástima que ni esto pueda decirse de la prosa de su crónica.

ROMA, enero de 1961.